

HISTORIA

JOSÉ DE SAN MARTÍN

UN EXILIO DE SESENTA AÑOS

I

El diagnóstico del doctor Sichel es terminante: cataratas. Ya lo sabe el paciente, aunque aguardara otro resultado; hace tiempo confunde peón con alfil, reina con rey, y hasta el tablero se le aparece de un matiz único. Ni *El Centinela* ni *La Campaña* absorben su tedio, y menos *La Batalla*, de parecido mecanismo, si bien más complicado. Los jugó durante toda la vida; ahora debe confinarlos para siempre.

Se había acostumbrado a las molestias de la disnea, el reuma, los vahidos; con baños termales y aire de playa también cedieron sus crisis nerviosas. La fiebre de Huaura y el cólera de París eran sólo un ingrato recuerdo; las heridas de Albuera y San Lorenzo, y las que recibió en ambos brazos por dos accidentes de viaje, cicatrices olvidadas. Hasta los vómitos de sangre y los atroces dolores de estómago atenuaron su insistencia. La ceguera, en cambio, terminará por derrumbarlo.

"Visto el mal estado de mi salud", redacta su testamento: el 23 de enero de 1844 en su casa de Grand Bourg, a dos horas de París por el ferrocarril de Orleáns: la adquirió en 1834, por consejo del banquero Aguado, su camarada de armas en España, que vivía enfrente, Sena de por medio. Designa heredera absoluta a Mercedes Tomasa, su hija (nacida en 1816, casó en Francia con Mariano Balcarce y le ha dado dos nietas: María Mercedes, Josefa Dominga); establece el pago de una pensión a su hermana María Elena, que a la muerte de ésta deberá entregarse a su sobrina Petronila; dona el sable corvo a Rosas, y el estandarte de Pizarro al Perú. "Prohíbo el que se me haga ningún género de Funeral, y desde el lugar en que falleciere, se me conducirá directamente al Cementerio, sin ningún acompañamiento, pero sí desearía el que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Ayres", agrega.

El 5 de noviembre de 1848 informa

a un amigo: "Debo servirme de mano ajena para escribir, pues atacado de cataratas hace más de tres años, en el día apenas veo para poner mi firma. Tengo fundada la esperanza de recuperar mi vista a beneficio de la operación en la próxima primavera". Tras la Revolución de 1848, se va de París; vende Grand Bourg, y alquila el piso alto en el 125 de la calle Grand, en Boulogne-Sur-Mer, propiedad del abogado Alfred Gérard. En febrero de 1848 le visan el pasaporte para residir allí.

Recostada al borde del Canal de la Mancha, Boulogne es una pequeña ciudad mercantil que otea a Gran Bretaña. Tiene su historia: 45 años atrás, Napoleón orquestó en Boulogne la invasión a Inglaterra, título suficiente para envanecer a sus habitantes. Esta vez no le sentaron a José de San Martín los fuertes vientos del Canal; reaparecen el reumatismo y la gastralgia, a los achaques de la vejez se suma el abatimiento moral. Piensa en Bolívar; también ha muerto frente al mar, arrojado de su patria por las mismas pasiones que a él lo alejaron de la suya en otro febrero, el de 1824.

La ceguera es un martirio: su hija o sus nietas le leen los diarios; el profesor Gérard y Mariano Balcarce lo entretienen con sus conversaciones. No bebe ni fuma, como gustaba hacerlo antaño. Por fin, se decide: en julio de 1850, en París, somete sus cataratas al bisturí, y marcha a Enghien, por orden médica, a convalecer. Allí lo visita Félix Frías: "Pude notar que su inteligencia superior no había declinado —dice—. Vi en ella el sello del buen sentido que es para mí el signo inequívoco de una cabeza bien organizada. Hablaba con entusiasmo de la prodigiosa naturaleza de Tucumán y de las otras provincias argentinas".

Discurren sobre América. "Abrigo una fe profunda en el porvenir de aquellos países", confiesa San Martín. Es posible que cambien algunas ideas acerca de Europa, un tema que lo apasiona-

ba. En 1848 había dirigido una carta a su amigo chileno, el general Pinto: "Es menester no hacer ilusiones sobre la verdadera situación de este antiguo continente; la verdadera contienda que en el día existe, es puramente social; en una palabra, del que no tiene nada contra el que posee. Calcule usted lo que arroja de sí un tal principio, infiltrado en las masas del bajo pueblo por las predicaciones de los clubs y la lectura de millones de panfletos. A estas ideas se agrega la miseria espantosa de millones de proletarios, agravada en el día con la paralización de la industria, la perspectiva de una guerra civil o europea y, en fin, la de una bancarrota nacional, como es muy probable en el año venidero, pues el déficit del presupuesto de dicho año es más de 400 millones de francos."

Un fantasma recorría Europa...

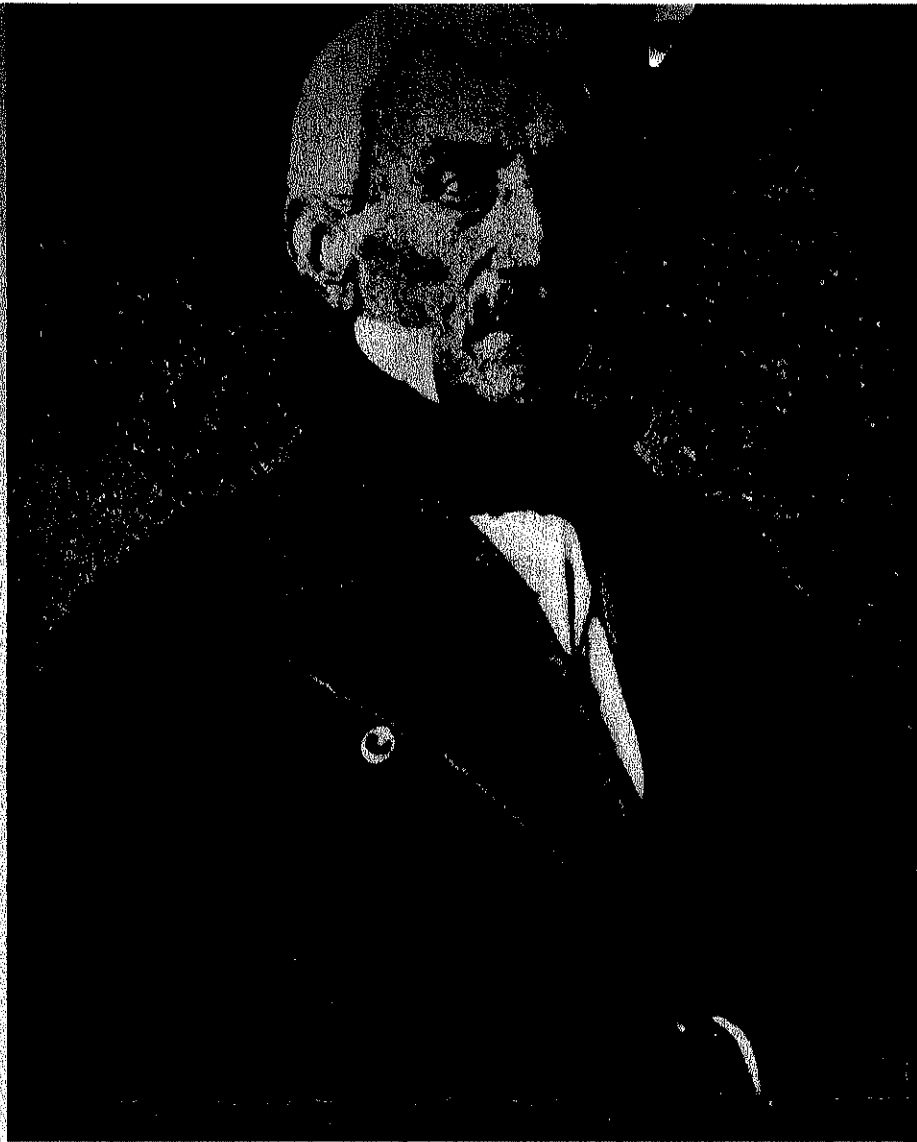
II

No menudearon las visitas de sus paisanos en aquellas décadas de exilio: al menos, las noticias escasean. Juan Bautista Alberdi lo conoció en casa de Manuel José Guerrico, en setiembre de 1843, y ha legado este retrato:

"Me llamó la atención su metal de voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación, con toda la llanura de un hombre común. Al ver el modo como se consideraba él mismo, se diría que este hombre no había hecho nada de notable, porque parece que él es el primero en creerlo así.

"¿Qué diferente lo hallé al tipo que yo me había formado oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores en América! Por ejemplo: yo lo esperaba más alto, y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura. Yo lo creía un indio, como tantas veces me lo habían pintado, y no es más que un hombre de color moreno, de los temperamentos biliosos. Yo lo suponía grueso, y, sin embargo de que no lo está más que cuando hacía la guerra en América, me ha parecido más bien delgado; yo creía que su aspecto y porte debían tener algo de grave y solemne, pero lo hallé vivo y fácil en sus ademanes, y su marcha, aunque grave, desnuda de todo viso de afectación.

"Su bonita y bien proporcionada cabeza, que no es grande, conserva todos los cabellos, blancos hoy casi totalmente; no usa patilla ni bigote, a pesar de que hoy los llevan por moda hasta los más pacíficos ancianos. Su frente, que no anuncia gran pensador, promete, sin embargo, una inteligencia clara y despejada, un espíritu deliberado y audaz. Sus grandes cejas negras suben



San Martín en 1848 (daguerrotipo): "Abrigo una fe profunda..."

hacia el medio de la frente cada vez que se abren sus ojos, llenos aún del fuego de la juventud. La nariz larga y aguileña; la boca pequeña y ricamente dentada, es graciosa cuando sonríe; la barba es aguda."

Florencio Varela, que se entrevistó con él en febrero de 1844, decide: "Está viejo, pero fuerte, y su espíritu completamente despejado. Pasé un rato muy agradable con él y su familia; habla constantemente de nuestro país, lamentando la suerte de Buenos Aires y maldiciendo la tiranía de Rosas. El general padece con frecuencia violentos ataques nerviosos, suele tener arranques de mal humor, en que aborrece toda sociedad, aun de los suyos; pero la prudencia y el amor a sus hijos, como él los llama, hacen que esas nubes jamás produzcan una tormenta. El general no se cansa de repetir: «¡Barbaros! ¡No saciarse en quince años de persecución de los hombres de bien!»"

Antirrosista como Varela, Domingo Faustino Sarmiento —que lo visita en 1846 gracias a una recomendación del general Las Heras— se entrega a los desbordes de la retórica. "Hay en el corazón de este hombre una llaga profunda que oculta a las miradas extrañas, pero que no se escapa a la de los que la escudriñan. ¡Tanta gloria y tanto olvido! ¡Tan grandes hechos y silencio tan profundo! Aquella inteligencia tan clara en otro tiempo, declina ahora; aquellos ojos tan penetrantes, que de una mirada forjaban una página de la historia, estaban ahora turbios, y allá en la lejana tierra veía fantasmas y extranjeros, y todas sus ideas se confundían: los españoles y las potencias europeas, la patria, aquella patria antigua, y Rosas, la independencia y la restauración de la colonia; y así fascinado, la estatua de piedra del antiguo héroe de la Independencia, parecía

Los amigos de Don Juan Manuel nunca le perdonaron a San Martín su trato con el Dictador, iniciado a fines de 1838, cuando brinda sus servicios para luchar contra el bloqueo francés en el Plata. Los argentinos suelen ignorar —merced a los autores de una Historia partidista— el grado de relación a que llegaron San Martín y Rosas. Muchos exegetas del Libertador no titubearon en deslizar las explicaciones más soeces a la actitud de su ídolo: senilidad, agradecimiento por el cargo diplomático que obtuviera el yerno, adulación hacia quien lo enaltecía. En todo caso, fue el Dictador uno de los primeros argentinos en rendir homenaje público a San Martín; si obró movido por la demagogia, ¿a qué echarle las culpas al Libertador?

En 1829 San Martín desechó la Gobernación de Buenos Aires, que le ofrecía Lavalle, porque este cargo implicaba el exterminio de una de las dos fuerzas en pugna. "No, amigo mío; mil veces preferiré envolverme en los males que amenazan a este suelo que ser el ejecutor de tamaños horrores", señalaba a O'Higgins desde Montevideo. En síntesis, renunció a ser Rosas, porque "se trata de buscar un salvador que reuniendo el prestigio de la victoria, la opinión del resto de las provincias, y más que todo un brazo vigoroso, salve a la patria de los males que la amenazan." Quien así meditaba, acaso no compartió el sistema implantado por Don Juan Manuel; pero, sin duda, no iba a aceptar —él, que luchara por la Independencia— como tantos argentinos, los designios colonialistas de Francia y de Gran Bretaña. Si alaba a Rosas es, precisamente, porque defendió la soberanía nacional.

Nombrado Embajador en Perú, en julio de 1839, rechaza el puesto. "Ni mi educación, ni instrucción las creo propias para desempeñar con acierto un encargo de cuyo buen éxito puede depender la paz de nuestro suelo", advierte al Ministro Arana. Además, el Congreso de Perú le acordó una pensión vitalicia y "esta circunstancia no puede menos de resentir mi delicadeza al pensar que tendría que representar los intereses de nuestra República ante un Estado a quien soy deudor de favores tan generosos y que no todos me supondrían con la moralidad necesaria a desempeñarla con lealtad y honor..."

No obstante, el 11 de enero de 1846, desde Nápoles, donde fue a "experimentar si con su benigno clima recuperaba mi arruinada salud", se lamenta de "no poder nuevamente ofrecerle mis servicios (como lo hice a usted en el primer

bloqueo por la Francia), servicios que aunque conozco serían inútiles, sin embargo demostrarían que en la injustísima agresión y abuso de la fuerza de la Inglaterra y Francia contra nuestro país, éste tenía aún un viejo defensor de su honra e independencia [...] el estado de mi salud me priva de esta satisfacción". Tres años después, al saber el cese de la intervención anglo-francesa, lo felicita: "A pesar de la distancia que me separa de nuestra patria, usted me hará la justicia de creer, que sus triunfos son un gran consuelo a mi achacosa vejez".

En su testamento de 1844, tercera cláusula, se lee: "El Sable que me ha acompañado en toda la Guerra de la Independencia de la América del Sud, le será entregado al General de la República Argentina Don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como Argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los Extranjeros que trataban de humillarla". En ese momento, la salud de San Martín era buena; su edad, 66 años, no parece senil; en cuanto a la designación de su yerno, data de un lustro más tarde.

Ricardo Rojas llama "inesperada actitud" a esta manda. Valentín Alsina, en carta a Frías (9/XI/1850), sostuvo: "Ha hecho un gran daño a nuestra causa con sus prevenciones, casi agrestes y serviles, contra el extranjero, copiando el estilo y la fraseología de aquél [Rosas]; prevenciones tanto más inexcusables, cuanto que era un hombre de discernimiento. Era de los que en la causa de América, no ven más que la independencia del extranjero, sin importársele nada de la libertad y sus consecuencias [...] y todavía lega a un Rosas, tan luego, su espada. Esto aturde, humilla e indigna".

Para quienes se conforman con suponer que San Martín sólo admiró la política exterior de Rosas, hay una carta del Libertador fechada el 6 de mayo de 1850, tres meses antes de su muerte: "El objeto de ésta es el de tributar a usted mis más sinceros agradecimientos al ver la constancia con que se empeña en honrar la memoria de este viejo amigo; como lo acaba de verificar en su importante mensaje del 27 de diciembre pasado; mensaje que por segunda vez me he hecho leer, y que como argentino me llena de un verdadero orgullo, al ver la prosperidad, la paz interior, el orden y el honor restablecidos en nuestra querida patria; y todos estos progresos efectuados en medio de circunstancias tan difíciles, en que pocos Estados se habrán hallado".

III

En los días iniciales de agosto vuelve a Boulogne-Sur-Mer. Es pleno verano, y desde los ventanales escucha el canto de los pájaros y el chocar de las olas contra el murallón. Siempre ambicionó ese contacto con la Naturaleza, pero intuye que la muerte viene a quebrarlo. Ordenado, metódico, el 6 escribe algunas palabras afectuosas de despedida para sus hijos; antes, sale a dar un paseo en carruaje.

Los dolores se acrecientan; una noche llegan al máximo y es necesario aumentar la dosis de opio. El 13, susurra en francés ante Mercedes: "*C'est l'orage qui mène au port*" (Es la tempestad que lleva al puerto). Una mañana aparece moribundo; se recurre al sinapismo y consiguen reanimarlo, pero luego brota una reacción que genera violenta fiebre. Los cuidados de la hija y el médico de cabecera, doctor Jardon, logran sacarlo adelante. El 17 se levanta sereno, desayuna, y pide que le lean los diarios; no olvida preparar el rapé para convidar al médico. Está, como de costumbre, en la habitación de Mercedes. A eso de las dos de la tarde, ella y Mariano se sobresaltan. Agudos dolores estomacales se ensañan con San Martín. "Ya pasarán, como pasaron los anteriores", supone Jardon.

Una calma breve lo invade; después, una agitación. "Mercedes, ésta es la fatiga de la muerte", murmura. Aún se esfuerza por indicar a su yerno que saque del cuarto a la mujer. A las tres de la tarde, ese sábado, expira sin agonía, a quince mil kilómetros de su patria; contaba 72 años y medio.

"En la mañana del 18 —consigna Frías— tuve la dolorosa satisfacción de contemplar los restos inanimados de este hombre, cuya vida está escrita en páginas tan brillantes de la historia americana. Un crucifijo estaba colocado sobre su pecho, otro en una mesa entre dos velas que ardían al lado del lecho de muerte. Dos hermanas de caridad rezaban por el descanso del alma que abrigó aquel cadáver.

"El 20 a las seis de la mañana el carro fúnebre recibió el féretro y fue acompañado en su tránsito silencioso por un modesto cortejo. Cuatro faroles cubiertos de crespón negro adornaban encendidos los ángulos superiores del carro. Seis hombres vestidos con capotes del mismo color marchaban de ambos lados. Detrás iban el señor Balcarce, llevando a su derecha al señor Darthez, antiguo amigo del General y a la izquierda al señor Rosales, Encargado de Negocios de Chile; marchaban en seguida don José Guerrico, un joven de Buenos Aires, el hijo de su hermano don

Manuel, el doctor Gérard y el señor Seguiet, vecinos ambos de Boulogne."

El carro fúnebre se detiene en la iglesia de San Nicolás, donde algunos sacerdotes rezan en favor del alma del difunto. Continúa la marcha hasta la Catedral —todavía en construcción— y en una de las bóvedas ya terminada de la capilla, los deudos depositan el cadáver. Rosales y Gérard hicieron los trámites oficiales: el 18 registraron en la Municipalidad de Boulogne-Sur-Mer la defunción; Gérard obtuvo el permiso del abate Haffreingue para sepultar los restos en la Catedral; director de la biblioteca local, él mismo escribe la primera necrología del héroe, que sorprende por la fidelidad de los datos: *El Imparcial* de Boulogne la inserta en su edición del 23 de agosto.

Buenos Aires conoce la muerte de San Martín dos meses y medio después: el 2 de noviembre, la *Gaceta Mercantil*, órgano del Gobierno, publica la comunicación oficial que remite a Mariano Balcarce, miembro de la Legación argentina en Francia, y el acuse-recibo del Gobernador y el Canciller Arana. La noticia sale en tipografía normal, sin distinción alguna, y en las páginas interiores. Es increíble, pero Rosas no declara duelo nacional ni ordena honras fúnebres, ni reclama elogios a sus periodistas; más increíble si se observa que el 24 obligó a todos los ciudadanos a llevar cintillo negro en señal de respeto a la memoria "del ilustre general Zacarías Taylor". Presidente de los Estados Unidos, que había muerto el 9 de julio en Washington.

Es Urquiza el primero en rendir tributo al Libertador: manda erigir una columna en la plaza de Entre Ríos. Luego, Rosas instruye a Arana para que manifieste a Balcarce: "...apenas sea posible, proceda a trasladar los restos mortales del finado general a Buenos Aires, por cuenta del Gobierno de la Confederación Argentina, para que reciban testimonio del aprecio que se hace de su patriotismo en su país y para que quede así cumplida su última voluntad en ese punto".

La prensa de Chile y la del Perú son las que más lloran la pérdida de San Martín. Los emigrados de Montevideo critican el silencio de la *Gaceta* (que se mantuvo en 1851, al celebrarse el primer aniversario). En Lima se realizó un funeral multitudinario el 20 de noviembre, en la misma Plaza donde tres décadas antes el Libertador había proclamado la Independencia.

Mientras tanto, la familia Balcarce abandona Boulogne-Sur-Mer y compra una residencia en Brunoy; en 1861, los despojos de San Martín son trasladados



**Editorial
Sudamericana
anuncia
la publicación de
Megafono, o la guerra
de
Leopoldo Marechal**

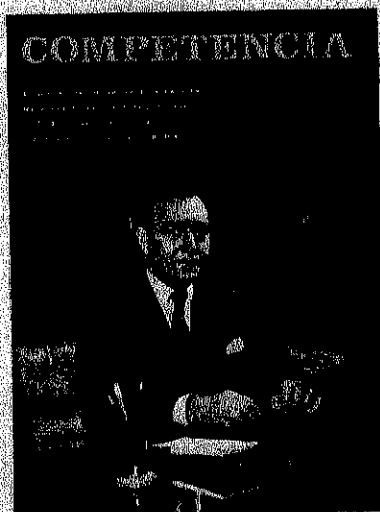


DEL MISMO AUTOR:

ADAN BUENOSAYRES / EL BAN-
QUETE DE SEVERO ARCANGELO
/ ANTIGONA VELEZ / CUADER-
NO DE NAVEGACION / HEPTA-
MERON / LA ROSA EN LA BA-
LANZA.

EDITORIAL SUDAMERICANA S.A.
HUMBERTO 19 545 / BS. AIRES

suscríbase a:



COMPETENCIA

Revista Quincenal de Economía y Negocios
EDITORIAL PRIMERA PLANA S.R.L.
PERU 367 Tpo
teléfonos: 34-8018/10 y 33-8576/70

a la Iglesia de esa ciudad. Ese año, Josefa Dominga casa con Gutiérrez de Estrada; su hermana María Mercedes pereció un año antes. La madre expira en febrero de 1875, y su marido, exactamente un decenio más tarde. El turno de Josefa Dominga: abril de 1924.

Se necesitaron treinta años y cinco Gobiernos para que el corazón del Libertador descansara en Buenos Aires. El Presidente Nicolás Avellaneda es quien toma la iniciativa, cuatro meses antes de entregar el poder a Roca; el navío Villarino, en su viaje inaugural, trae los restos. El país entero se conmueve; en Buenos Aires, la ansiedad es aún mayor: el 25 de mayo ha pasado inadvertido, y es que la ceremonia promete ser gigantesca; ya en 1878, los festejos por el centenario del nacimiento de San Martín fueron brillantes. El día señalado, 27 de mayo, la capital amanece engalanada de celeste y blanco; una densa niebla demora en retirarse, pero la vence el sol.

El vapor Talita remolca al Villarino. Al atracar en el muelle de las Catalinas, Sarmiento saluda: "Después de un largo ostracismo vuelven estos gloriosos despojos a reposar en nuestro seno y serán depositados en el altar de la Patria santificado por la presencia del más ilustre de sus mártires".

El coche fúnebre es el más bello e imponente que hasta entonces ha recorrido la ciudad. Copia al usado para trasladar los restos del duque de Wellington, el 18 de noviembre de 1852, hasta la catedral de San Pablo, en Londres. Ha sido construido en el aserradero de la calle Montevideo, entre Cuyo y Corrientes, de Carlos Sackman, con planos del arquitecto Enrique Aberg.

Llegan a la plaza San Martín, lugar dispuesto para el homenaje; la estatua ecuestre levantada a su memoria —se inauguró el 13 de julio de 1862— observa el ritual. Y en medio de un silencio impresionante, brota la florida endecha del Presidente: "Vuestro último voto se encuentra cumplido. Descansáis en vuestra tierra. Levantaos para cubrirla". Están presente quienes, años después, subirían al Olimpo de la historia: Mitre, Sarmiento, Roca.

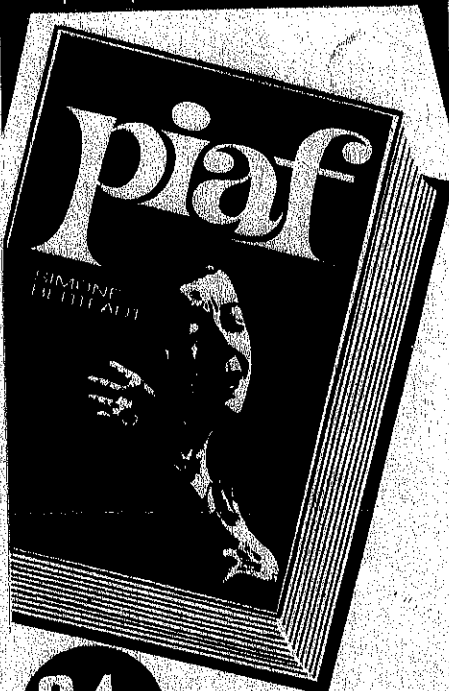
La calle Florida es el itinerario final; su última morada, la Catedral, permanece abierta toda la noche; no se ha movido de allí hasta el otro día el poeta Carlos Guido Spano, junto a un amigo. El féretro es el mismo con que fue sepultado en Boulogne-Sur-Mer; sus herederos se negaron a poner las cenizas en una urna; optaron por mantener el ataúd primitivo, forrado con paño negro y orlado con cintas de plata. ⊕

EDITH

PIAF
EL GORRIÓN DE PARÍS

Este libro brinda al lector una respuesta lógica a muchas interrogantes que el mundo artístico vive.

La crónica de la fama alcanzada por EDITH PIAF es absolutamente legítima y meritoria, pero el público ignora cuantas lágrimas, sacrificios y miserias debió soportar para alcanzarla.



24⁷⁵
LEY 18.186

SIMONE BERTEAUT,
(hermana de Edith) revela
con lenguaje coloquial,
por su convivencia perso-

nal durante más de 30 años — la vida de esta pequeña y contradictoria criatura que vivió buscando desesperadamente al hombre que pudiera brindarle un amor verdadero, pero quizás no quisiera retenerlo nunca. Desfilan así, en su angustiada vida, rufianes, deportistas, artistas y otros hombres hallados al azar, culminando a menudo en desenfundadas orgías.

Fotos inéditas de momentos y personajes que compartieron sus éxitos y sus amores, como: **IVES MONTAND, MARCEL CERDAN, JEAN COCTEAU, CHARLES AZNAVOUR, ETC.**

Volumen con 600 páginas, finamente encuadernado en tela con sobrecubierta en colores, plastificada.

ADQUIERALO EN TODAS LAS LIBRERÍAS
DE LA REPÚBLICA ARGENTINA
Y... EN LIBRERÍA
UNIVERSAL
CORRIENTES 760 - BS. AS.
EXIJA A SU VENDEDOR HABITUAL

PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES ARGENTINA
MONTEVIDEO 333 • 46 6665 • BS. AS.